



## HOMILÍA EN LA FIESTA DE NTRA. SRA. DEL ROSARIO

**Parroquia Mayor de Ntra. Sra. de la O de Rota, 7 de octubre de 2009**

Queridos hermanos sacerdotes; Il<sup>tm</sup>º . Sr. Alcalde; Dignísimas Autoridades civiles y militares; representaciones de Hermandades y Asociaciones; queridas familias y hermanos todos cuantos sentís un amor especial por Ntra Sra del Rosario, Patrona de esta Villa de Rota:

Una vez más, nos reunimos el 7 de Octubre alrededor de la Mesa de la Eucaristía para venerar a nuestra Madre del cielo, la Virgen del Rosario. Nos dirigimos a Ella para que, conforme a su título del Rosario, nos ayude a participar conscientemente en los misterios de la vida, muerte, y resurrección de Cristo. Porque, como nos dijo el Concilio: ***“El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado”***.

Y los misterios de Cristo que rezamos en el Santo Rosario se actualizan y hacen presente nuestra salvación en la celebración eucarística. La Virgen, por tanto, nos ayuda a contemplar nuestra vida a la luz de la victoria de Cristo Resucitado.

Ése fue el nombre original de esta fiesta: ***“Santa María de la Victoria”***. Más tarde, la devoción se hizo general en España –como ***“Ntra Sra del Rosario”*** - en 1671, que nos evoca –como su nombre indica- una ***“corona de rosas”*** que el cristiano va formando para la Virgen con cada Ave María.

En cuanto nos ayuda a fundamentar nuestra vida en el Misterio de Cristo como nuestra historia de salvación, el Rosario es considerado una oración perfecta, a la vez que una oración sencilla y humilde que podemos hacer con la Madre de Dios. La Virgen, en todas sus apariciones, nos ha invitado a rezarlo con amor y devoción. Nuestra oración, unidos a Ella, es un arma poderosa contra las fuerzas del Mal: aleja peligros y amenazas, obtiene la conversión a Dios y hace posible el cambio de los corazones.

Es por eso que lo largo de la historia, se han sucedido grandes ***“testigos”*** del Santo Rosario. Desde Santo Domingo de Guzmán, San Pío V, León XIII – conocido como ***“el Papa del Rosario”***-, hasta últimamente Juan Pablo II, que no dejó pasar ocasión de exhortar a rezarlo con frecuencia.

Para él fue una oración que tuvo un puesto importante en su vida espiritual desde sus años jóvenes. A ella le confió siempre sus preocupaciones y en el Rosario encontró siempre consuelo, como él mismo nos lo afirmara. Al final de su vida lo siguió acompañando tanto en sus momentos de alegría como de tribulación. El Papa actual lo evocaba diciendo:

“El amado Juan Pablo II fue un gran apóstol del Rosario, lo recordamos de rodillas con el rosario entre las manos, inmerso en la contemplación de Cristo, como él mismo ha invitado a hacer con la Carta apostólica “El Rosario de la Virgen María”.

También Benedicto XVI, ha alentado esta devoción afirmando:

“Cada año (en el mes de Octubre), la Virgen es como que si nos invitase a redescubrir la belleza de esta oración, simple y tan profunda. El Rosario es oración contemplativa y cristocéntrica, inseparable de la meditación de la Sagrada Escritura. Es la plegaria del cristiano que avanza en la peregrinación de la fe, en el seguimiento de Jesús, precedido por María”. (Angelus 1-X-06)

En definitiva, el Rosario nos pone en comunión vital con Jesús a través – podríamos decir– del Corazón de su Madre. Es esta unión con María la que nos mueve hoy a venerarla como Madre en nuestra ciudad de Rota. Pues su maternidad fue el gran regalo que su Hijo nos hizo poco antes de expirar. En aquella hora, a través de la figura de Juan, el discípulo amado, Jesús nos presenta a cada uno de sus discípulos a su Madre, diciéndole: **“Ahí tienes a tu hijo”**.

Pero la hora del sufrimiento y de la muerte dio paso a la hora de la alegría y la gloria de la Resurrección. Así contemplamos hoy a la Virgen. Las lágrimas que derramó al pie de la Cruz se han transformado en una sonrisa que ya nada podrá extinguir, permaneciendo intacta, sin embargo, su compasión maternal por cada uno de nosotros. Lo atestigua su intervención benéfica en el curso de la historia que no cesa de suscitar una sólida y permanente confianza en Ella.

María ama a cada uno de sus hijos y presta una atención particular a quienes, como su Hijo en la hora de la Pasión, están sumidos en el dolor; los ama simplemente porque son sus hijos, según la voluntad de Cristo en la Cruz. Y el amor de la Virgen nos dignifica.

En la sonrisa que nos dirige la más destacada de todas las criaturas, se refleja nuestra dignidad de hijos de Dios, la dignidad que nunca abandona a quienes están enfermos. Esta sonrisa, reflejo verdadero de la ternura de Dios, es fuente de esperanza inquebrantable.

Y a Ella acudimos como **“fuente de esperanza”** en estos momentos difíciles que estamos viviendo, en que –por desgracia– se va generalizando cada vez más el pensamiento que considera que **“no hay nada definitivo y que deja como última medida el propio yo y sus caprichos”**, destruyendo peligrosamente valores fundamentales e imprescindibles para una convivencia sana en la sociedad, creando una sensación de inestabilidad en todos los órdenes de la vida.

Así vemos amenazado, el valor absoluto de la persona humana, creado varón y mujer, imagen de Dios, en relación complementaria e iguales en su dignidad. Vemos amenazado igualmente el valor eterno de la vida humana, el deber de transmitirla, la grave responsabilidad que tenemos de cuidarla, defenderla y promoverla ... A esto se suma la violencia que legitima la

eliminación de la vida del niño por nacer, que se quiere erigir en un derecho sin más.

Y, ¡qué barbarie legalizar el racismo genético que permite eliminar una vida porque es discapacitada!. Al parecer, sólo los sanos y los fuertes pueden aspirar hoy al derecho a la vida. Sin embargo, así no se solucionan los problemas. La verdadera solución se consigue con una educación sexual responsable, con una mayor ayuda a la maternidad y con un vuelco a favor de los débiles; sobre todo, en estas circunstancias en que la inseguridad - consecuencia de la crisis- amenaza y golpea a los sectores más vulnerables de nuestra sociedad, como son los pobres, los ancianos y los niños.

Queridos hermanos no nos cansemos de volvernos día a día a María, para nosotros hoy, Ntra. Sra. del Rosario. ***“El que cree en mí -dice Jesús- de sus entrañas manarán torrentes de agua viva”*** (Jn 7,38). María es la que ha creído, y, de su seno, han brotado ríos de amor vivo para irrigar la historia de la humanidad.

La sonrisa de la Virgen y su mirada materna son una llamada a acogernos a la misericordia de Dios. Ahí está misteriosamente escondida la fuerza para continuar la lucha contra la enfermedad, para reconstruir el matrimonio, para vivir la soledad y para poner cada día un ladrillo a favor de la civilización del amor y de la cultura de la vida.

Pero también debemos saber provocar la sonrisa de la Virgen con nuestro esfuerzo y voluntad por vivir según la Palabra de su Hijo amado, del mismo modo que un niño trata de hacer sonreír a su madre haciendo lo que le gusta.

Y nosotros sabemos lo que agrada a María por las palabras que dirigió a los sirvientes en las bodas de Caná: ***“Haced lo que Él os diga”*** (Jn 2,5).

Que la Virgen del Rosario nos proteja a todos. Que así sea.

+ ***José Mazuelos Pérez***  
Obispo de Asidonia-Jerez